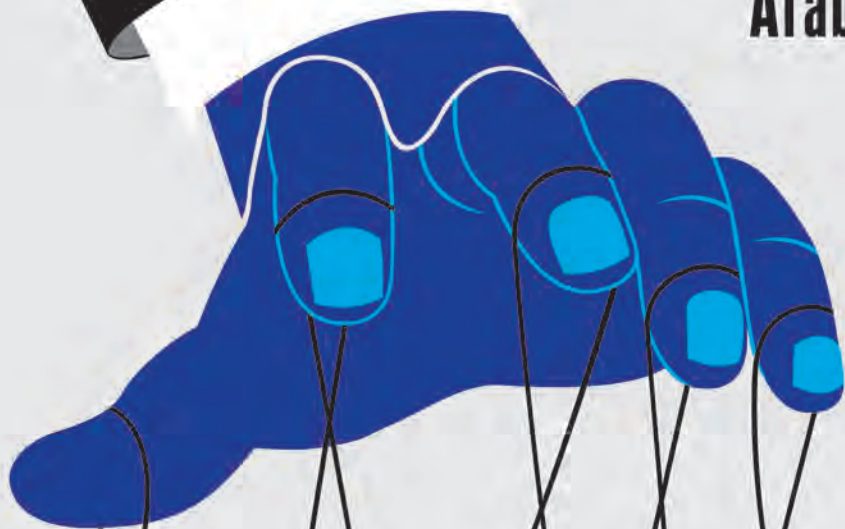


Francesc
Arabí



LOS TENTÁCULOS DEL TRUHAN

La caída de Zaplana y la corrupción
más allá del PP

LOS TENTÁCULOS DEL TRUHAN

© 2022 Francesc Arabí

© de la imagen de portada: Felipe Román Osorio

© 9 Grup Editorial
Lectio Ediciones/Angle Editorial
c. Mallorca, 314, 1.º 2.ª B
08037 Barcelona
T. 93 363 08 23
www.lectio.es
lectio@lectio.es

Diseño de cubierta: Felipe Román Osorio

Primera edición: mayo de 2022
ISBN: 978-84-18735-16-5
DL T 311-2022
Impreso en Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de ninguna manera ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Francesc Arabí

LOS TENTÁCULOS DEL TRUHAN

LA CAÍDA DE ZAPLANA
Y LA CORRUPCIÓN MÁS ALLÁ DEL PP

 Lectio
Ediciones

Índice

INTRODUCCIÓN

El cobrador del frac 11

CAPÍTULO I

Los caprichos del accidente 35

CAPÍTULO II

Eduardo, más vidas que un gato 41

CAPÍTULO III

El día que perdió los papeles 97

CAPÍTULO IV

Fichajes galácticos para una conspiración 111

CAPÍTULO V

Hacer fortuna como yonqui de *bitcoins* 127

CAPÍTULO VI

El pasaporte de Menda Lerenda 147

CAPÍTULO VII

Día D y hora H en otra playa 159

CAPÍTULO VIII

El perseverante analista de la UCO 163

CAPÍTULO IX

Comisiones sin fronteras 167

CAPÍTULO X

Sorpresa: Cotino era zaplanista 175

CAPÍTULO XI

Corrupción con I+D+i 187

CAPÍTULO XII

Psicofonías en el Hotel Wellington 193

CAPÍTULO XIII

El teléfono rojo, en modo avión 197

CAPÍTULO XIV

Campaña con bendición cardenalicia 201

CAPÍTULO XV

Volando al Río de la Plata 209

CAPÍTULO XVI

Banca de Andorra, capital Panamá 217

CAPÍTULO XVII

Jaque a la dama de rojo 225

CAPÍTULO XVIII

Una leyenda descalza 235

CAPÍTULO XIX

Mano negra y presiones 237

CAPÍTULO XX

Un puente para el exministro 255

CAPÍTULO XXI

Urge montar un grupo de comunicación 265

CAPÍTULO XXII

Gobierno & Oposición SL 275

CAPÍTULO XXIII

El PSPV, en el diván 283

CAPÍTULO XXIV

En nombre de la rosa 299

CAPÍTULO XXV

El precio de la cabeza de Joan Ignasi 315

CAPÍTULO XXVI

El oasis de València se evapora 325

CAPÍTULO XXVII

Jaime Febrer, un enlace con Zaplana 337

CAPÍTULO XXVIII

En la charca *granota* 351

CAPÍTULO XXIX

El austero «comisionista» Rubio 357

CAPÍTULO XXX

Compañeros de celda 365

CAPÍTULO XXXI

La lotería de los sobres cae en Burjassot 369

CAPÍTULO XXXII

Del odio al amor en el ala izquierda 387

CAPÍTULO XXXIII

El caso Gürtel: querellar-se o no querellar-se 395

CAPÍTULO XXXIV

Partido moroso con sus abogados 413

CAPÍTULO XXXV

El misterioso recurso del Mestalla 421

Agradecimientos 431

INTRODUCCIÓN

El cobrador del frac

La lealtad es una chaqueta que suele colgarse en la percha que hay justo en la puerta de entrada a los cementerios. Que se lo digan a Pablo Casado. Es la lealtad natural, sin conservantes ni colorantes. La lealtad ecológica, la que tiene suelo y techo. Luego está la transgénica. Es bastante más resistente, sobrevive en las peores circunstancias, en los ambientes más hostiles. Y cotiza en el mercado como otras *commodities*. Si se sabe manejar la inversión, es un producto estable, un valor refugio en tiempos de convulsión. Eduardo Zaplana Hernández-Soro es el George Soros de la adquisición de lealtades genéticamente modificadas con billetes. Desde sus cameos en las cintas del caso Naseiro fue estructurando un fondo de compra de fidelidades sólidas en el que los amigos se convertían en socios y testaferros y los socios pasaban a ser amigos.

Zaplana nunca perdió la condición de pyme arraigada al territorio, jamás prescindió de ese puñado de colegas que le acompañaron, en algunos casos, desde su etapa adolescente en Benidorm. Pero supo adaptar el negocio a los nuevos tiempos. Pasar del capitalismo industrial al financiero. A los

Joaquín Barceló *Pachano*, Roberto Botella, Gonzalo Morrell, Paco *el Gasofa*, Roc Gregori, Genoveva Reig, Jesús Sánchez Carrascosa, Fernando Modrego, Juan Manuel Cabot o Francisco Grau fue sumando amistades de talla mundial como los letrados doctores en trilerismo *offshore* Fernando Belhot, en Uruguay, o Beatriz García Paesa, desde Luxemburgo. Porque Eduardo Zaplana siempre ha tenido una concepción internacionalista de la amistad. Que vendría a ser la versión zaplanista del socialismo. Su «agrupémonos todos» para los negocios, que siempre entendió como socialización de beneficios a cambio de compartir riesgos. Y en esa pulsión innovadora sobre las relaciones humanas nunca permitió corsés de fronteras, razas ni credos. En su círculo transversal cabían también socialistas como José Bono, Alfredo Pérez Rubalcaba o José Blanco, o empresarios como su *brother* Florentino Pérez. Eduardo nunca fue un hombre de partido, él siempre ha militado en el poder.

Con sueldos, prebendas, canonjías y contratos fue blindando las lealtades. Siempre supo comprar cuerpos como si en realidad adquiriera almas. De forma que incluso cuando sus colaboradores y socios en la penumbra iban siendo apartados de la circulación por condenas judiciales (por ejemplo en Terra Mítica) nunca le arrastraron en la caída. Al contrario que Francisco Camps, Zaplana jamás tuvo un Bigotes trasquilado que lo colocara en el punto de mira de la responsabilidad como arquitecto de los sucesivos expolios. El secreto de la eterna juventud del tahúr de Benidorm, pese a llevar una vida política de excesos, radica en su capacidad para manejarse con la chequera, en su pericia para configurar arreglos florales, pero, también, en el arte de rebanar

pescuezos y exhibir cabezas de caballo encamadas. Zaplana, en definitiva, siempre fue un todocampista de la política, entendida a la manera del exconseller Rafael Blasco: «Si quieres saber de política, has de ver *El Padrino*». Con esa premisa se condujo en la vida pública con la pericia necesaria para evitar accidentes, aunque transitara por carreteras con suelo deslizante. Y, a menudo, sin frenos.

Pero se salió de trazada en la penúltima curva. Justo en la puerta de su casa. En el trayecto de vuelta de dieciocho años de político empresario y otros diez de empresario político. Los percances suelen ocurrir cuando se circula por la zona de confort y entra la confianza, que es la cabezadita de los que nunca se duermen. Lo suyo fue la relajación de la impunidad. Una lástima. Porque él jamás echó una siesta. Pero a veces traicionan las prisas por llegar. En su caso, por no llegar a tiempo de repatriar su patrimonio esparcido por el mundo. Porque al exjefe del Consell lo acechaba la leucemia, la enfermedad a la que sobrevivió físicamente, pero que lo mató civilmente. Solo las prisas explican que, estando señalado por el juez del caso Lezo, comprara un piso de 290 metros en el número 14 de la calle Monte Esquinza, de Madrid, y pagara al contado los 1,8 millones de euros que costó. Las urgencias le llevaron a recibir un ingreso de casi 2 millones en una cuenta bancaria del Sabadell. Y a incumplir sus exigentes protocolos de discreción al blanquear 4,3 millones procedentes de mordidas comprando dos parcelas en la Vila Joiosa, dos áticos en Altea y otro piso en Madrid, en el barrio de Salamanca. A nombre de las firmas Gesdesarrollos Integrales y de Costera del Glorio, de su amigo y testaferro Pachano.

Las desgracias siempre son hijas de la fatal coincidencia de varios factores. En su caso, toda la suerte que le acompañó aquellas madrugadas en las que estuvo a punto de ser descubierto en territorios oscuros, esta vez le dio la espalda. Todo va bien hasta que el destino se conjura y se alinean seis papeles emparedados en un hueco junto a una caja fuerte, un ciudadano sirio, un pijo disfrazado de anacoreta fumado, un analista de la UCO vacunado contra el desaliento, un fiscal imperturbable y una jueza firme como una roca.

Hasta entonces, había rozado la perfección en el ejercicio del poder, como traficante de información, taponando fugas, protegiendo secretos, cobrando facturas atrasadas y, en algún caso, hasta bloqueando la acción de la justicia. Por eso resistió tanto el régimen corrupto que levantó. Por eso el expresidente consiguió que muy pocos le reconocieron los derechos de autor del sistema podrido, aunque nadie ignoraba que llevaba su firma. Una arquitectura que se fue desmoronando por los efectos de esa gran crisis de 2008, que fue vaciando estómagos mediáticos y mermando la capacidad de digestión de un inmenso vertedero que se iba colmatando. Una crisis que provocó una inflación de hartazgo social de la corrupción conforme esquilmbaba bolsillos y desahuciaba a muchos electores de la mediocridad dorada de tele de plasma. Un sistema que se prolongó con cuidados paliativos hasta mayo de 2015, cuando se derrumbó como consecuencia de un definitivo ataque de dignidad de las urnas.

Pero la auténtica caída icónica de aquel régimen, similar a la de Lehman Brothers o a la de la estatua de Sadam Hussein tumbada de la peana aquel 9 de abril de 2003 en

Bagdad, no se produjo hasta el 22 de mayo de 2018. El día que la UCO de la Guardia Civil detuvo a Eduardo Zaplana cuando salía del garaje de su casa de la calle Pascual y Genís, en el centro de València.

A Zaplana no se le ha hecho justicia. Ciertamente que se le concedió la Alta Distinción de la Generalitat en 2002, pero no es consuelo. Es poca cosa. La tiene hasta un tipo tan gris, huidizo y refractario a la luz como José Luis Olivas. Protocolo al margen, que ese sí le regaló un Molt Honorable *low cost*, a Eduardo nunca se le hicieron los honores que merece. Nunca. Todos los escándalos que políticamente le salpicaron en su dilatada carrera han sido, en realidad, el caso Zaplana. Y no se le ha reconocido. Pero, al contrario que muchos abuelos respecto a sus nietos, el expresidente jamás se quejó de que su nombre no hubiera bautizado a ninguno de los asuntos de corrupción que adornan su hoja de servicios. Desde el IVEX-Julio Iglesias a Sanz pasando por Terra Mítica. Nunca. Y eso que el expolio de dinero público a cuenta del fichaje del artista lo decidió Zaplana en persona. Aquello fue un *self service* para que, a base de contratos B y facturas hinchadas o enteramente falsas, el artista cobrara lo pactado bajo mano, libre de impuestos, a través de sociedades *offshore* y en cuentas de paraísos fiscales, como Bahamas. De paso, unos cuantos «ambiciosos se llenaron el saco». Eso le contó Julio, molesto, al juez dominicano después de que le tomara declaración porque el instructor de la causa en València se desentendió del escándalo. El magistrado de Higüey, Yohan Carlos Morales, me puso al corriente del malestar del artista, quien sonrió a la entrada, cantó su parte del botín durante la testifical y, a la salida, ta-

rareó la música de los que aprovecharon para poner el cazo. No puso letra, no dio nombres.

La principal de las atracciones del parque temático Terra Mítica no era Magnus Colossus, la montaña rusa de madera más grande de Europa, ni el Vuelo del Fénix, la caída libre en una torre de 54 metros. Eso era un aperitivo para lo que fue el batacazo que se dio el parque. La oferta estrella del complejo de ocio era la mina de comisiones. Era de acceso limitado a los amigos del expresidente, incluido su entonces cuñado Justo Valverde. Ese caso tampoco llevó el nombre de Zaplana, pese a que el núcleo de los condenados eran hombres de su círculo. La cuenta de Andorra, gestionada por el testaferro uruguayo Fernando Belhot y que llegó a engordar hasta los 9,8 millones de euros, se nutría en parte de comisiones de Terra Mítica. Esas de las que hablaron dos empresarios contratistas, Antonio Moreno y José Herrero, cuando explicaban en una grabación que un tercero, Vicente Conesa, decía pagarle comisiones a Zaplana por la vía andorrana. Los dos empresarios que acusaron y luego se retractaron, convencidos por Zaplana, fueron enviados a prisión por el desfalco del parque. El tercero, Conesa, también. 47, 11 y 24 añitos. Poca cosa. El expresidente siguió indemne, como siempre. Las míticas mordidas exiliadas en Andorra acabarán aflorando en Erial, que no solo es inspección de vehículos y molinos de viento.

Ni siquiera la causa Erial lleva el nombre de Zaplana, pese a ser alma y corazón del caso. Pero él es un tipo con altura de miras y sabe como nadie que lo importante, más que el aplauso popular, es la sustancia. La de Erial, esencia

zaplanista, corrupción 2.0. Lo trascendente es estar satisfecho con uno mismo, resistir la mirada del espejo, que en esta sociedad adicta al *like* ha trasmutado a *selfie*. Porque el espejo se ha cobrado más vidas políticas que la navaja. A veces, las menos, por matar conciencias. Por no resistir tu propia mirada a los ojos. En la mayoría de las ocasiones, porque el espejo agrava la enfermedad del narcisismo, que bloquea el sistema inmunológico y lo inhabilita para metabolizar la crítica. Sí, el espejo mata. Que se lo digan a Iván Redondo, ex jefe de gabinete de Pedro Sánchez y señor de la Moncloa. Redondo obvió la primera de *Las 48 leyes del poder* formuladas por Robert Greene: «Nunca le haga sombra a su amo». Pagó un alto precio por no haberse leído este clásico manual de supervivencia en las alturas, donde el ego es tan abundante como escaso el oxígeno. Por abusar del espejo.

La inmensa mayoría de los actores del circo mediático, político y judicial ha relegado a Zaplana al ostracismo sin reconocerle méritos. Quizás su pecado radica en ser un ciudadano comprometido con el progreso de su país. Por ser un innovador y un visionario. Eso se paga. Fue de los primeros que entendió las reglas de la nueva democracia mediática, en la que el Congreso se mudó a un plató de televisión. Zaplana es un adelantado a su época en todos los terrenos. Hubo un tiempo en el que lo más *cool* en València era socializar en el Atalanta, el *sport club* (antes llamado *gimnasio*) de Juan Carlos Gómez Pantoja. Él acudía, pero pronto entendió que el futuro pasaba por los servicios a domicilio.

Otros miran, él ve. El presidente llamó a su amigo Gonzalo Morell, que había sido compañero suyo de bufete ju-

rídico en los noventa y al que había nombrado director general de Deportes en su primer Consell. Porque sabía que Morell tenía la solución. Lo mismo que Rexach fue el artífice de la incorporación de Leo Messi al Barça, Morell fue el responsable técnico de una incorporación clave para que aquel campeón, Zaplana, estuviera siempre en un punto dulce de forma. Y a domicilio. El fichaje que recomendó Morell se llamaba Miguel Maeso, un preparador físico de primer nivel que se convirtió en *personal trainer* del jefe del Consell. Su misión trascendente era mimar los músculos del presidente. Gregorio Fideo fue el ayuda de cámara de Zaplana, en Presidencia y luego. Siempre tenía dispuesto el armario de camisas con corbata a juego para que la primera autoridad valenciana no repitiera indumentaria mañana y tarde y hasta hacía el *casting* para fichar a una asistenta para tener siempre en estado de revista uno de los pisetos del blanqueo de mordidas, el del barrio de Salamanca. En otro campo, Maeso tenía la responsabilidad de acicalar los isquiotibiales del inquilino del Palau. Maeso era el preparador del Pamesa Valencia (hoy Valencia Basket), pero no dejó ese puesto. El Consell lo incorporó como técnico de programas de élite, puesto remunerado con 36.000 euros. Del año 2000. El sueldo no era malo, el horario era aún mejor. Apenas se dejaba caer por el despacho público. En no exigir presencialismo también fue un jefe innovador Eduardo Zaplana, un político de élite cuya puesta a punto justificaba de sobra la labor del técnico de programas de élite.

Lo dicho. Un adelantado a su tiempo. Cuando nadie hablaba de la Agenda 2030, cuando faltaban más de dos lus-

tros para que se concibieran los ODS, Eduardo ya soñaba con un planeta verde color de rosa y entendió que la sostenibilidad, como el País Valencià de izquierdas de Joan Fuster, será negocio o no será. Con esa capacidad de desembrillar los misterios del mundo, vio nicho de ganancias en la movilidad (en la concesión de las ITV, en 1997) y en las energías limpias (el Plan Eólico, de 2003). Dos pozos de comisiones que viajaron desde València a Luxemburgo y de ahí a Panamá y a Suiza, con parada en Andorra. 6,4 millones en mordidas por estos contratos, más el dinero de la trama en Banca Privada de Andorra (BPA), hacen un total de 16,2 millones. Cantidades que transitaron en negro por cuentas de catorce países y en parte fueron repatriadas. En formato inmuebles, como barco o en versión colección de 31 relojes de alta gama, valorados en unos 200.000 euros y decomisados por la UCO en los registros de sus viviendas.

Eduardo es un impostor que nunca engañó a nadie. Como esas parejas de tortolitos distanciados por 50 metros de esloro y diez ceros a la derecha en la cuenta corriente, el matrimonio de Zaplana con el consenso de mercado sobre sus virtudes y su liderazgo fue un apaño, un bodorrio de mutua conveniencia. Una compra de amor, cariño, fidelidad, respeto o miedo que gestionó con maestría y generosidad. Coherente con la ponencia que presentó en el XIII Congreso del PP, el de 1999, Eduardo siempre ha creído en la *España de las oportunidades*, aquella que consagra el derecho al emprendimiento. La que permite que empresarios afines, como Quico Murcia Puchades o su socio Jaime Febrer, creen riqueza. El segundo, además, la distribuyó y sin sectarismos. Entre técnicos funcionarios, profesionales liberales

y políticos. Sin mirar filiaciones. Repartió presuntamente comisiones a dirigentes de derecha e izquierda, socialistas o con marcado acento valencianista. Alegró vidas porque lanzaba a su paso billetes de quinientos igual que la reina de las fiestas arroja caramelos desde lo alto de la carroza.

En los juzgados hay sumarios, piezas separadas y carpetas. Hay Erial, hay Taula y hay caso Azud. Cuestión de método, organización y operatividad. En el mundo real del tráfico de sobres no hay compartimentos estancos. Las cañerías se conectan. Y el rey de una causa, Zaplana, sabe de las peripecias de la máquina de hacer dinero en otro caso, en el que gobierna Febrer. Uno y otro se conocen, comparten referentes, amigos y relaciones. Por ejemplo, con el citado Quico, con los muy zaplanistas Rafael y Federico (socios de Febrer en varios negocios, con Juanfran (el jefe de gabinete del presidente) o con el mismísimo Florentino Pérez. E intercambian secretos tácitamente como en un proceso de ósmosis confidencial. Se aprecian y se cuidan desde la distancia. El mundo de los maletines es un pañuelo, donde todos desayunan en los mismos bares y suelen compartir, en sentido amplio, árbol genealógico. Hay pocas familias, pero son numerosas. Como las cinco de la mafia neoyorquina. Los Genovese, los Bonanno, los Gambino... tienen su versión en nuestra Cosa Nostra valenciana.

La gestión de adhesiones de Zaplana y los de su escuela apuntaló silencios en A o en B. Y ejercicios de la oposición a medio gas, con el freno echado. Es lo que tienen los pies de barro, que cada vez que miras al rival, lo percibes como una piscina a punto de desbordarse.

La millonaria aportación de Jaime Febrer a la campaña

de Joan Ignasi Pla (PSPV) en 2007 o la compra de unanimidades en territorios de la izquierda son inversiones que persiguen la rentabilidad económica, la de la cuenta de resultados, por supuesto. Pero también otra de mayor calado, que afecta al balance: la generación de consensos en el plano institucional, que se traduce en paz social. Comprar el voto de la oposición sale a cuenta. Incluso cuando aritméticamente resulte anecdótico. Porque contribuye a crear estilo, a apagar el *No* de la agitación, y encender el *No soft*, o la abstención. En definitiva, ayuda a enterrar la trinchera.

Efectivamente, el rastreo de las mordidas abonadas por Febrer demuestra que algunos de los que escenificaban distancias en hemiciclos y escenarios iluminados por los focos mediáticos luego se juntaban en las plazas del subsuelo, donde el callejero se confunde, igual que las siglas. Un submundo que es la cara B del mundo gobernado por los más respetables cuellos blancos y al que se accede por la boca de una alcantarilla con la tapa forrada con papel de diario oficial con pliego de condiciones. Las mordidas maquillan. Sí, muchas veces pintaban consensos, pero en ocasiones alumbraban espejismos sobre aparentes distancias. En los años de convulsión interna en el PSPV se forjaron algunos matrimonios por amor y otros por interés; se libraron muchas batallas por principios, ideas o programa, pero también por la fiambarrera. En el día a día y en las ocasiones especiales, en polémicas gürtelianas o en recursos contra la conversión del césped de Mestalla en cemento o en procesos orgánicos. En algunos casos, los choques y caras largas entre algunos de los protagonistas tienen una explicación oscura tirando a negra. Sin factura, sin IVA.

Los amores engañan, los odios también. Por ejemplo, el portavoz socialista en València Rafael Rubio y el vicealcalde y responsable de alcantarillado del PP municipal Alfonso Grau parecían peleados, pero, en realidad, habían sellado las paces tras aquella querrela que tanto amedrentó al del PSPV. Eduardo Zaplana y Juan Cotino militaban en bandos distintos en el partido, pero eran colegas de banda. Según la Fiscalía y la UCO, de la banda de Luxemburgo, donde montaron la contraparte del tinglado empresarial para el blanqueo de mordidas con operaciones de compraventa de acciones societarias. La banda de Pachano, Grau, Juanfran, Beatriz, la sobrina de Paco *el Espía*...

Al contrario que algunos de sus correligionarios, la fe de Zaplana en Adam Smith nunca fue completa. Por si fallaba la «mano invisible», siempre apostó por su mano morena intervencionista para someter instituciones, corregir injusticias y que se mancomunara el bienestar. Otras veces optó por el *laissez faire, laissez passer* para no entorpecer el crecimiento económico ni el marco de actuación de algunos emprendedores. Por ejemplo, cuando uno de sus consellers ordenó elaborar un listado de todos los PAI que estaban floreciendo en la Comunitat Valenciana y que comprendieran una superficie no inferior a los 200.000 metros cuadrados y una determinada cifra económica. Se trataba, según trasladó, de elaborar un censo de proyectos. El hombre sentía curiosidad.

El alto cargo convocó una reunión con ocho promotores inmobiliarios de prestancia, de los que movían el grueso de las bolsas de suelo del litoral valenciano. Durante el encuentro discreto con esa especie de consejo de administra-

ción de la especulación parcelaria, el conseller pronunció un alegato a favor de las prácticas transparentes en la adjudicación y gestión de los planes urbanísticos. Hizo, en definitiva, una cínica apuesta por meter una pizca de ética en la hormigonera. Alguno de los presentes se sintió tan preocupado por las palabras, que le dio la réplica y aprovechó para felicitar al conseller por el éxito que estaba cosechando su hijo, con el despacho de urbanismo que tenía abierto en un municipio de la Marina Baixa y que iba viento en popa. Los presentes guardaron un tenso silencio. Es lo que tiene compartir idioma. Que entiendes el texto, el paratexto y el contexto. Todos los allí reunidos estaban doctorados en economía litoral, que viene a ser como una especie de agricultura de regadío de agua salada. Tan poco propicia para el cultivo del IVA como indicada para la plantación de PAI, el crecimiento del hinojo marino y las comisiones o el cultivo intensivo de siglas y candidaturas en campañas electorales municipales que luego se injertan para producir mociones de censura.

Eduardo Zaplana cayó en desgracia e ingresó en la cárcel de Picassent justo cuando se cumplía el 23 aniversario de su ascenso al trono de la Generalitat, en 1995. El 28 de mayo es el 18 de julio de la corrupción. Esa fecha debería ser celebrada por todos los zaplanas valencianos. Porque Eduardo hay uno, es una persona, pero *zaplanas* hay muchos. Zaplana es, en realidad, una ideología, una filosofía de vida, una cosmovisión. Es la forma más precisa de definir la cultura de la escalera, la cabra y el acordeón, la de los tres cubiletes y garbanzos sobre mesa fabricada con cajas de cartón. Zaplana es una metonimia. Todo el trile puede de-

finirse como zaplanismo, como todas las cámaras subjetivas de acción son GoPro, como al yogur se le llama Danone o al papel de aluminio, Albal.

El mundo está sobrepoblado de zaplanas. En el primero C, en el cuarto A y en el rellano del sexto hay familias enteras de zaplanas. Y en todos los partidos. Y en el gol sur del campo de fútbol. Y en la cola del súper. Al zaplana le gusta vestir bien, que para él significa vestir de marca, pero, sobre todo, le encanta la plancha. Es intolerante a la arruga. En el mapa genético de este biotipo hay 0% de vergüenza, 0% de escrúpulos, y gobierna únicamente el código de interés, que se mide en dinero y poder. El zaplana es pragmático, considera que la coherencia está sobrevalorada, cree más en los finales que en los principios y nunca pierde el sueño. Para el zaplana, *conciencia* es una errata que deriva de juntar *con* y *ciencia*.

Al zaplana no le preocupan los hechos, ni la justicia; le preocupan los hechos probados y la ley. El zaplana no tiene la marcha atrás en su caja de cambios, jamás se arrepiente. El zaplana puede disimular y, sobre todo, simular. Si le sale a cuenta. Que eso es muy de los zaplanas. En Xàbia hubo un zaplana alcalde muy querido al que los envidiosos del lugar siempre acusaron de actuar como era (ya ves) y de aprovechar el cargo a favor de sus negocios urbanísticos. Para disimular, un día montó en un bajo esquinero de la arteria viaria de moda, la pomposa Vía Augusta, la inmobiliaria con luminoso a nombre de Juan Bautista Moragues Pons. Su nombre y dos apellidos. Lo del zaplana es eso, aparentar. Un tal Marcos Benavent, un zaplana de libro, un hijo de papá casado contra una hija de mamá en la Seu de

Xàtiva, se disfrazó de híbrido entre estudiante de filosofía de los ochenta y psicólogo no colegiado para aparentar que su mente había viajado a la estratosfera por si tenía suerte y la excursión atemperaba la pena para su colección de presuntos delitos.

Y el rey de los zaplanas, el expresidente, hasta tuvo que hacerse el muerto cuando estaba en prisión, en uno de sus ingresos en el Hospital La Fe como consecuencia del rechazo al trasplante de médula. El rey del disfraz, de la simulación, organizó una interpretación coral para poner en escena al hombre vulnerable acosado por la muerte. A ver si de esta forma la jueza se ablandaba y abría la puerta de la jaula. Fue el instante más sublime de una trayectoria pública que constituye una estafa consentida.

Tras una parada técnica en prisión, las navidades de 2018 dieron por inaugurada una nueva etapa creativa en la trayectoria de este artista. Fracasado, momentáneamente, el intento de monetizar en España su supuesto patrimonio internacional, llegaba la hora de liquidar todas las inversiones que hizo durante casi cuarenta años, en los que estuvo levantando un patrimonio de blindajes reputacionales con códigos de chantaje. Todo ello para evitar la condena judicial, las únicas penas que existen para los zaplanas. Mientras los investigadores volaban a Uruguay, Panamá y Luxemburgo para recuperar el dinero que se había esfumado, mientras lidiaban con personajes de novela negra, el exministro ordenó el chasquido de la claqueta. Y empezó la acción. Comenzó a recuperar todas las deudas contraídas con él por personajes de todo signo al servicio de una superproducción cinematográfica y teatral: *Salvar de las rejas al ciudadano Zaplana*.

La medicina, afortunadamente, lo libraría de la leucemia, pero necesitaba un equipo más transversal para intentar burlar la condena judicial. Requería la participación de médicos, periodistas, políticos de derechas e izquierdas o incluso abertzales, juristas y hasta un cardenal. María, hija de Zaplana, tocó zafarrancho de combate, se encargó del *casting*, recalentó el *smartphone* en varias rondas para refrescar la agenda vip del padre y empezaron a caer balas sobre la jueza Isabel Rodríguez, que pasó a engrosar la galería de grandes monstruos psicópatas, individuos sin sentido de la piedad, ni siquiera ante un desvalido moribundo. Aquella injusticia con todo un expresidente desató una campaña de solidaridad solo comparable con la que movilizó al mundo a favor de la libertad del preso político Nelson Mandela, icono de la lucha contra el *apartheid*. Hasta tres recogidas de firmas en *Change.org* denunciaron el abuso.

Una vez amarrado una parte del botín recuperado, la jueza autorizó que el paciente fuera excarcelado. Y el expresidente salió del hospital como si saliera de prisión. El 7 de febrero de 2019. Ese día, Eduardo se apuntó a una cofradía, la de los resucitados, que hasta entonces contaba con apenas tres miembros: un tal Lázaro de Betania, Jesús de Nazaret y el espía Francisco Paesa, que publicó su esquila para que la mafia rusa, a la que había estafado, creyera que se había mudado al barrio de los difuntos. El cuarto componente de este selecto club es Zaplana. Nadie inició, y habrá que denunciarlo, en aquella ciberplataforma de causas justas, una campaña de recogida de firmas a favor de la beatificación del hematólogo Guillermo Sanz, pese a tener acreditado el preceptivo milagro.

Ya en la calle, el exmandatario autonómico tatuó en su horizonte judicial la máxima por la que siempre se ha conducido en la política y que una vez arrojó desde la tribuna de las Corts a la bancada de la izquierda como si lanzara una granada de mano: «No podrán ustedes demostrar...». Cuatro palabras que constituyen una declaración de principios, una profesión de fe en la verdad judicial y un corte de mangas a los hechos. Que para los zaplanas tienen la consistencia del vapor de agua.

Desde ese mismo día de febrero recuperó para su causa la mejor de las técnicas de supervivencia: cobrar deudas históricas para blanquear su culpa y entronizar su inocencia. Saldar los atrasos con tantos y tan diversos deudores para evitar que se le cargue la propiedad intelectual de una vida de película, de una película de gánsteres.

Con el mejor de los equipos de producción, Zaplana se metió en el fango de guionizar una historia de ciencia ficción que pretendía vender como documental. A saber:

El dinero de las comisiones depositadas en cuentas de Suiza y Andorra no era suyo, sino de un señor llamado Fernando [Belhot] que custodiaba la colección de billetes del amigo madrileño Ignacio [González], pero no la suya. Porque él, Eduardo Zaplana, nunca ha hecho acopio de billetes negros, por mucho que ese tipo o los informes de la UCO lo consideren propietario de los inmuebles. Que dice la Guardia Civil que hay «indicios recopilados» y muchos elementos, de muchos años, y gran cantidad de «fuentes» que «evidencian la titularidad velada de Zaplana en esos fondos y esos bienes». Pero responde el acusa-

do que tras seis años de investigación «no hay evidencia directa» de que fuera el «titular de los activos localizados en el extranjero».

El expresidente está abrumado por un camión de indicios y pruebas que lo inculpan, pero tiene margen para armar la defensa, aunque sea subrogando la culpa a algún testaferro. Es la ventaja de no fiarse de su sombra. Que no se cruzó un *mail*, ni un *whatsapp*, ni firmó un solo documento privado, ni siquiera el de fiducia, con Belhot, quien gestionaba las cuentas en virtud de un pacto verbal, porque el expresidente «no había querido aparecer» como el propietario real de unos fondos que «mayoritariamente y de forma contundente le pertenecían», según contó el letrado uruguayo a la jueza valenciana y al fiscal. El testaferro de Zaplana cobraba una comisión del 0,75% por gestionar el dinero.

El abogado uruguayo transfirió 6,3 millones a la cuenta judicial valenciana desde Suiza (a donde derivó el dinero andorrano) en su voluntad de colaborar con la investigación y tras firmar un acuerdo con el fiscal, que se propuso como asignatura prioritaria recuperar el botín. ¿Por qué tendría que devolver ese dinero si Belhot no hubiera actuado como testaferro de Zaplana y fuera el propietario real de los fondos y, por tanto, no tuvieran ningún origen ilícito? Si el exministro dice la verdad, la explicación sería bien lógica. Estaríamos ante un ciudadano uruguayo enormemente generoso y resuelto a hacer un millonario donativo de dinero propio a las arcas públicas valencianas. A fin de cuentas, quieras que no, en Uruguay sienten mucho apego por la madre patria.

Belhot tiene entre sus clientes a Marcelo Odebrecht, dueño de la constructora brasileña que admitió haber pagado 788 millones de dólares en comisiones a políticos de doce países a cambio de adjudicaciones. El asesor financiero de Zaplana manejaba hasta cuatro cuentas de Odebrecht en la Banca Privada de Andorra. Lo conoció a través del despacho Mossack Fonseca, epicentro del escándalo de las *offshore* en los Papeles de Panamá. Un perfil, el del uruguayo, que casaría con el de mecenas de la Hacienda pública valenciana y socio de Acción contra el Hambre.

El caso Erial sería, según la defensa, un inmenso montaje urdido por el CNI, que calzó unos documentos falsos a través de un ciudadano sirio para acabar con Eduardo, siete años después de abandonar la escena política. De tal forma que habría que anular la causa porque está viciada de raíz. Así se planteó inicialmente la película. Con la esperanza de que cosechara el mismo éxito que aquel largometraje sobre Naseiro que fue abortado y se quedó en un corto judicial intrascendente cuando el Tribunal Supremo anuló las grabaciones de audios en junio de 1992.

No hay juezas ni fiscales que quiebren la confianza del exministro en la vía CNI. Aunque la canción diga lo contrario, en realidad al lugar donde has sido feliz sí deberías tratar de volver. Y a Zaplana, los servicios de inteligencia lo hicieron feliz. Todavía recuerda aquella conversación con un agente del CESID (antecedente del CNI) un día de julio de 1997, cuando recibió un coronado SOS para que evitara que cuatro polvos reales con Bárbara Rey en aquel picadero en el número 6 de la calle Sextante de Aravaca en Madrid hicieran temblar las estructuras de la Monarquía.

La operación «escándalo *interruptus*» se desarrolló, a través de los servicios de inteligencia, en dos fases. Primero había que vencer a la *vedette*. Reducirla, secuestrarla y tapparle la boca para que no soltara ningún gemido en el programa guirigay *Tómbola*. Jesús Sánchez Carrascosa, fiel escudero de Zaplana y entonces director de Canal 9, hizo la primera llamada al orden al productor para que la artista no pisara el plató. Pero donde Eduardo Zaplana mostró de verdad sentido de Estado, más incluso que Mario Conde o Manuel Prado y Colón de Carvajal, fue en la segunda parte del operativo: en dar empleo a la ciudadana María García García, una vez convencida de que es mejor un plan de pensiones que una lotería. En el mismo Canal 9 que le impidió volver a su profesión, el circo, la reciclaron como cocinera. Y le pagaron al menos 1,5 millones de euros para que removiera el caldero todos los días en la tele. Para que no removiera la mierda. Recetas fáciles, de servicio público, como el que prestó Zaplana como empleador. De aquel favor real el expresidente sacó máximo rendimiento.

Que sí, que estará muy visto, pero nada como un espía para alinear una teoría de la conspiración. A la hora de armarla, no reparó en presupuesto ni esfuerzos. Incorporó a su coro al excomisario José Manuel Villarejo, que es a las aguas fecales lo que el *samaruc* al marjal, un endemismo. Como fracasó en su intento de elegir jueces, porque no logró que la causa Erial viajara a la Audiencia Nacional, tuvo que conformarse con cambiar abogados ajenos para gestionar arrepentimientos de ex altos cargos que huyeron a Marte como yonquis del euro y aterrizaron de nuevo hambrientos de

bitcoins. Porque Marcos Benavent necesita *bitcoins*, muchos *bitcoins*. Y nadie podría mostrarse más comprensible que Zaplana, quien ha tenido que lidiar toda su vida con el problema de haber nacido con clase. Hipotecado al capricho, adicto a lucir pelucos Bulgari, Vacheron, IWC Schaffhausen, Breguet, Hublot... Los que viven de lujo no cejan en la búsqueda de la máquina perfecta que detenga el tiempo. Porque ellos no existen, ellos viven.

El expresidente intentará, por supuesto, que su causa sea juzgada en la sección de la Audiencia Provincial de València que considere más justa. La Sección Primera podría encajar con sus preferencias. A ella está adscrito un tal Luis Carlos Presencia Rubio, el magistrado presuntamente instructor del caso IVEX-Julio Iglesias. Que el juicio oral caiga aquí o allá es cuestión de azar, pero la suerte tiende a aliarse con los que madrugan para superarse día a día. Y con los superdotados de las relaciones públicas que, directamente o a través de emisarios, practican el cultivo extensivo de la amistad.

En sus horas más complicadas, Eduardo tiró de archivo y sacó todas sus pólizas de seguros para obtener cobertura para un percance con pinta de siniestro total. Y así fue como empezó a aparentar normalidad. Regresó a la escena pública —hoy un encuentro con Francisco Camps, mañana una cena sarao de *Las Provincias*—, consciente como es de que somos lo que comemos, lo que tenemos y lo que aparentamos. Y no hay nada más inocente que fingir inocencia. Como el niño que rompe el cristal o el perro que destroza el sofá y distraen su mirada hacia la nada para espantar las sospechas. A fin de cuentas, estamos ante el maestro de la cara de póker.

En *Ciudadano Zaplana* (Foca, 2019) abordamos la construcción de un régimen corrupto a base de romper disidencias (sea el mundo cooperativo de las ONG o el movimiento vecinal), controlar el ecosistema mediático (en su condición de Ciudadano Kane), maniatar a las cajas de ahorro que financiaron sus pozos para extraer comisiones y comprar voluntades y tapar bocas y heridas con billetes. El control de las cajas de ahorro resultaba estratégico para Zaplana. Por eso cambió la ley, para relevar a los responsables de abrir y cerrar el grifo de dineros y favores. Y así pudo cumplir su misión: sembrar e hinchar proyectos ruinosos y someter a empresarios. Pequeños, medianos y grandes. Que todos tienen necesidades financieras. Hasta Juan Roig (Mercadona). Sí, Juan Roig también sufrió el estilo Zaplana. Bien que lo sabe Aznar.

El régimen rozó la perfección porque las tareas no se encomendaban a un solo actor. Sería una injusticia histórica no reconocer la impagable labor de Rafael Ferrando, como presidente de la patronal Cierval, y Arturo Virosque, desde la Cámara de Comercio, en la misión de evitar que ningún empresario de cierto fuste se saltara la coreografía oficial en el permanente desfile en honor del amado líder. Un cometido que cumplieron con notable éxito. Don Arturo era sin duda el número uno indiscutible en cuanto a fervor zaplanista. No en balde, el entonces presidente no se cansaba de repetir que para él Virosque era muy especial, «como si fuera mi padre».

El texto que sigue es el relato sobre los porqués de la caída de un truhan, sobre las entretelas del arranque del caso Erial y la cocina de la investigación. Sobre cómo este

empresario de la política, este cobrador del frac, movió todos sus tentáculos para poner al servicio de su suerte judicial todos los rendimientos de sus inversiones en las cloacas. Esta es una historia de mano negra, de varios relatos paralelos que convergen en la gran plaza de los secretos y silencios en B. En ese lugar oscuro donde las ratas, de todos los partidos, bailan pegadas y comulgan con las mismas hostias empresariales. En ese submundo donde la oposición funciona al ralenti, se mueve con pies de barro y genera más dividendos a los zaplanas que a los ciudadanos.

Esta es una historia de sistemas, de reglas de diario oficial y de códigos de honor mafiosos. Una radiografía sobre aciertos que reforzaron blindajes y errores que brindaron rendijas por las que se colaron analistas de la UCO, un fiscal y dos juezas. Errores de caos (que impidieron a Benavent retirar ocho papeles antes del registro policial) y de orden excesivo, enfermizo. El de Jaime Febrer en las anotaciones de sus agendas, todas conservadas, o en la disposición de archivadores con las iniciales (de nombres y apellidos) de cada uno de los presuntos beneficiarios de sus mordidas. Repartidas a derecha e izquierda políticas. Orden y limpieza como de jardín de Versalles.

Este es el relato sobre el derrumbe de un mito de carne y hueso, un adicto a conspirar inventándose conspiraciones. Un practicante de la cortina de humo a base de denunciar cortinas de humo. Un hombre que en ocasiones ve la mano del CNI meciendo Erial, igual que, como portavoz del Gobierno de Aznar, vio la mano de ETA detrás del 11M.